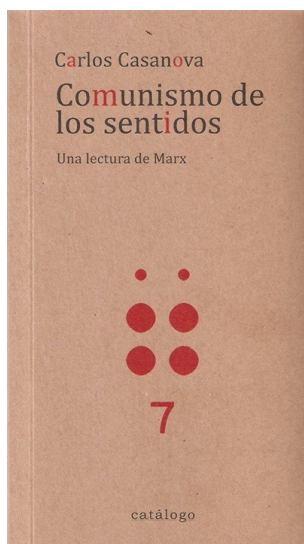


Comunismo de los sentidos. Una lectura de Marx, de Carlos Casanova. Communism of the Senses. A Reading of Marx, by Carlos Casanova.

Reseña bibliográfica de María Cecilia Abdo Ferez

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales,
Instituto de Investigaciones Gino Germani, CONICET.
Correo electrónico: ceciliaabdo@conicet.gov.ar



Datos del libro: Carlos Casanova. *Comunismo de los sentidos. Una lectura de Marx*. Viña del Mar: Catálogo libros, 2017, 104 páginas.

Palabras clave: *Comunismo, sentidos, Marx, humano, historicidad.*

Keywords: *Communism, Senses, Marx, Human, Historicity..*

Anacronismo e Irrupción, Vol. 8, N° 14
(Mayo a Noviembre de 2018): 301-305.

 Dialnet  latindex  REDIB 

Fecha de Recepción: 11/03/2018
Fecha de Aceptación: 01/05/2018
ISSN: 2250-4982

Este ensayo versa sobre una antropología posible en Karl Marx, partiendo de la frase que él anotara en sus manuscritos en París -“producción del hombre por el hombre”- tomándola a la vez como clave de lectura y “programa ético del presente” (p. 29). Carlos Casanova profundiza en esa frase para rever a Marx, separándose de él por etapas e intereses y a la luz de cuestiones y nombres actuales, como G. Agamben, J.-L. Nancy, É. Balibar, H. Arendt y E. Lévinas entre otros. La apuesta es reconstruir en Marx una noción amplia de actividad, no reducida ni reducible al trabajo, un (nuevo) concepto de *praxis*, que decante en una otra idea y práctica de la emancipación, a la que el libro llama un “comunismo de los sentidos”.

En muy pocas páginas, Casanova logra introducirse en la problemática del hombre como ser genérico en Marx, pero leído con la contemporaneidad de un ensayo de filosofía presente. El suyo es un Marx contemporáneo. El Marx de los *Manuscritos...*, en especial. No todo Marx, porque él no está siempre rastreando las mismas preocupaciones, sobre todo cuando se dedica de lleno a la economía política y deja de lado la antropología a la base de su crítica (p. 60). Tampoco el de Casanova es un Marx que resuelva las contradicciones de otros, ni uno que no tenga las propias. Participa, más bien, de un entorno de lecturas y temas, que hereda y transforma, que también nosotros pretendemos heredar y transformar al ser lectores y lectoras de este libro, exponiéndonos a lo “que Marx debe a partir de ahora llevarnos a escribir”, como dice Casanova, citando a Nancy y Bailly (p. 74).

Marx heredaría, por ejemplo, las preocupaciones del idealismo y también su división entre ser y acción, a partir del énfasis en el concepto de voluntad, a lo que Casanova llama un “prejuicio” (p. 36). Pero también hereda de ese idealismo, en conjunción con el socialismo, la crítica a la propiedad como derecho de posesión sobre la cosa, para identificarla mejor con la actividad, con el uso, con el hacer. Porta allí a Moses Hess, para quien reducir la propiedad a la posesión constituía el primer y más perenne atentado a la libertad; un reduccionismo que

se cobraría los demás por venir. También sería del legado de Hegel y Feuerbach, para separarse de Marx, en particular, en el tratamiento de los sentidos y de su diferencia entre hombre y animal, a partir de ellos. Estas herencias no suenan anacrónicas, ni siquiera pasadas, sino iluminadas por el prisma que Casanova propone: releer la antropología posible a partir de la idea de vida como vida activa y vida sensible, propuesta por Marx, que permite que la actividad sea la conjunción entre *praxis* y *poiesis*.

Para releer la actividad, esquivando el atolladero de qué significaría “liberar el trabajo”, si una estética de la creación o una emancipación del mando capitalista -atolladero en el que el mismo Marx estaba-, para Casanova se precisa una nueva gramática de los sentidos, pensados como devenires históricos, como encarnaciones, como potencias devenidas cuerpos que se modelan y con ello transforman la común capacidad de sentir y pensar (tomados como identidad) en su historicidad.

Lo humano no se definiría así por el *logos*, sino por la sensibilidad; un umbral colectivo de percepción que no es fijo, sino que puede devenir animal cuando se focaliza y empobrece. Marx sería deudor de una teoría valorativa de lo humano, pero nada definiría de antemano lo humano sino esa capacidad de ampliar el uso común de la potencia de los sentidos. Si no hay algo propio de lo humano, sino un umbral de sensibilidad que puede empobrecerse o enriquecerse, así también, de acuerdo a ese umbral, se configura un mundo, más o menos humano, cuando eso impropio de la sensibilidad se mezcla con los “objetos” en el hacer o el privarse de hacer en común.

Hombre y animal se inscriben ahora como los polos de tensión en un campo de batalla entre lo ilimitado y lo limitado, entre riqueza y pobreza, entre apropiación y desapropiación. Así puede acontecer que, por efecto del embrutecimiento de sus órganos, por una depresión de sus capacidades sensibles, por un repliegue respecto de su estar-en-el-medio, en definitiva, por el aislamiento -que provoca el idiotismo- del espacio de resonancia entre los que hacen vida en común, se produzca una animalización del hombre (p. 52).

La batalla que habría dejado planteada Marx, entonces, en su bosquejo de antropología (porque ella no está dada en los *Manuscritos...*, como suele decirse, sino por escribir), sería una por la ampliación de las posibilidades comunes de los sentidos, por el enriquecimiento de cuerpos, por la construcción de mundos con sentido humano, cuya caracterización no tiene contenido sustancial, sino históricamente variable. Dice Casanova:

[L]a verdadera vida espiritual, la vida superior de toda criatura, no está en las alturas del *logos*, sino en la *vita activa* como el comercio mundano que el existente mantiene con los sensibles. Sin embargo, lo especial de esta relación que hace lo específico de la forma humana no está, según Marx, garantizado por ninguna naturaleza situada por fuera del devenir histórico. (...) No hay “algo” en nosotros que permanece invariable. No “somos porque somos”, como diría Schiller, sino que somos porque pensamos, sentimos, queremos de una determinada manera. Lo que significa que somos la diversidad de esas actividades, que sólo hemos llegado a ser lo que somos por las circunstancias histórico-culturales en las que se han formado nuestros sentidos (*Sinne*) y donde se juega el sentido (*Sinn*) de nuestras existencias. Tampoco hay un sujeto que sea de derecho anterior al objeto de la experiencia. No hay un “Yo pienso”, un “Yo siento”, un “Yo quiero”. El sujeto en relación al objeto no goza de una evidencia superior a partir de la cual es condicionado el sentido pensable de este último. Mejor dicho: no hay más que “pienso-yo”, “siento-yo”, “quiero-yo”, por tanto, no hay más que el acto y *praxis* de un “yo” *ex-puesto* y residual, la pura posición, no presupuesta, de quien dice “siento”, “pienso”, “quiero”. Lo que cuestiona Marx es precisamente la anterioridad de derecho de un sujeto constituyente de sentido. El individuo humano, “el individuo viviente”, corpóreo, es, a diferencia del sujeto cartesiano, el *pathos* del acontecimiento del sentido del que ha de apropiarse mediante su composición sensible con el mundo (p. 56-8).

El libro empieza por rastrear esa posibilidad del advenir de lo humano, en conjunto con el advenir del sentido en la composición sensible de los cuerpos con y del mundo, al rebatir el gesto filosófico moderno de la *presuposición*. No hay presupuesto de ese humano por advenir. Es una posibilidad entre muchas y por eso su fragilidad, su carácter de proyecto sin garantías. La filosofía no permanece así pertrechada en sus saberes, ni siquiera en la letra de Marx, sino abierta a ser transformada y superada por una *praxis* emancipatoria, un futuro como apuesta.

El libro no agota posibilidades, solo da cuenta de una conversación posible de Marx con los problemas contemporáneos, con sus límites, pero sobre todo con sus aportes. No es un libro marxista ni marxiano; y, sin embargo, lo es en el mejor de los sentidos: en el del anti-dogmatismo y en el de la renovada inquietud por qué hace de nosotros el contexto y qué hacemos nosotros, mezclándonos con él. Fuera de toda psicología emocional, fuera del psicoanálisis, esquivando la poética, el libro consigue reponer la cuestión de cómo se deviene qué humanidad y quiénes pueden hacerlo, sin invisibilizar en qué contextos sociales y culturales diversos, más ricos o más pobres, esto puede plantearse. ¿Qué cuerpos han devenido humanos? Si los cuerpos no son en abstracto, ¿qué contextos los modelan y cómo? ¿Los cuerpos de quiénes tienen qué umbrales de percepción? Casanova, entre un Spinoza citado y en el que trabaja hace mucho y un Nietzsche presupuesto, repone así cuestiones que ya había tocado en su libro anterior (*Estética y producción en Karl Marx*. Chile: Metales pesados, 2016), pero con un carácter de apertura y apuesta a re-inscribir a Marx, de nuevo, en una teoría integral de la percepción y la cultura.

Vale la pena.